

¹⁹*Domingo XXVI. Año C* *Lectio divina sobre Lc 16,19-31*

Comprender cuanto Jesús quiere decirnos con la parábola no resulta difícil. Mientras vivió, el rico nadó en la abundancia; tuvo de todo, menos compasión para con el pobre que ayunaba a su puerta. Tras la muerte, no pudo ni aliviar su desgracia ni evitar que su familia caminara, sin saberlo, hacia un idéntico final. Cargado de bienes, el rico no pudo salvarse él, ni salvaría a los suyos. Una vez muerto el pobre, a quien nadie había auxiliado en vida, gozó para siempre del consuelo de Dios. La muerte de ambos cambió radicalmente, y de forma definitiva, su suerte: quien antes no se privaba de nada, no tuvo después ni una gota de agua con que refrescarse; quien no tenía más que ganas de saciarse con lo que otros desperdiciaban, obtuvo como satisfacción la compañía de todo un Dios. Si la abundancia de bienes perdió al rico, el pobre no tuvo que hacer más que luchar por sobrevivir sin desesperar de Dios. *Al rico le sobraba el pobre, y Dios, para vivir bien; al pobre le faltó de todo, bienes y un prójimo compasivo, pero no siempre tuvo a Dios de su parte. Aun sin saberlo.*

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos:

¹⁹«*Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba espléndidamente cada día.* ²⁰*Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas,* ²¹ *y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas.* ²² *Sucedió que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán. Se murió también el rico, y lo enterraron.* ²³ *Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno,* ²⁴ *y gritó: "Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas."* ²⁵ *Pero Abrahán le contestó: "Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces.* ²⁶ *Y además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros."* ²⁷ *El rico insistió: "Te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos,* ²⁸ *para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento."* ²⁹ *Abrahán le dice: "Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen."* ³⁰ *El rico contestó: "No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán."* ³¹ *Abrahán le dijo: "Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto."»*

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Lucas considera destinatarios de la enseñanza de Jesús a fariseos, a los que poco antes ha definido "amantes del dinero" (Lc 16,14). No se puede pasar por alto el detalle, si se quiere interpretar correctamente a Jesús. Se dirige sólo a quienes aman más sus bienes que a su prójimo. Los directos destinatarios de la severa advertencia no son un grupo de fieles judíos, sino todos aquellos que vivan de sus bienes.

La parábola, que puede verse como una ilustración paradigmática de cuando ya dijo Jesús en la llanura (Lc 6,20-21.24-25), contiene una *durísima condena* de la riqueza, no por su procedencia ilícita, que aquí no se menciona, sino por su maléfica consecuencia: su poder para insensibilizar el corazón del hombre y cerrarlo a la necesidad del prójimo. Pero es, además, *buena noticia*, pues desvela dónde ha puesto Dios sus preferencias y su corazón. El Dios de Jesús no es neutral, ha tomado partido a favor del indigente y el menospreciado, aunque no siempre lo muestre de forma inmediata o evidente.

La narración presenta los personajes (Lc 16,19.20). El rico tiene muchos bienes, pero no tiene nombre, no tiene rostro; puede ser cualquiera. Al pobre se le identifica por su nombre (Lázaro: Dios ayuda), antes incluso que se mencionen su males y su hambre. El rico se daba a banquetes diarios; el pobre era alimento de perros. No se puede decir con menos palabras el abismo que los separaba. La muerte de ambos hará que este abismo, antes no franqueado, se vuelva ahora en infranqueable, definitivo. Pero con suertes cambiadas. El rico, que no había hecho nada 'malo', sólo vivir de sus bienes, fue al infierno. El pobre, del que no se cuenta nada 'bueno', sólo ser pobre de solemnidad, es introducido en el 'seno de Abrahán'. Aunque parezca un final lógico dentro de la enseñanza de Jesús, no deja de ser sorprendente en una cultura, como la bíblica, donde los bienes son buenos, porque provienen del buen Dios. Pero, enseña Jesús, hay algo máspreciado que los propios bienes, a saber, el prójimo que los necesita.

Es en diálogo con Abrahán cuando el rico 'aprenderá' la lección. Y los oyentes de Jesús, una grave advertencia. Lázaro, el pobre que no fue auxiliado en vida no puede auxiliar a nadie, ni al que ya murió ni a los vivos que siguen disfrutando de la vida. Nadie puede ayudar a quien no le ayuda la ley de Dios (Moisés y los profetas). Es Dios, su voluntad expresa, la que ha de abrir el corazón del acaudalado a la necesidad de su prójimo. Para el rico sólo hay un 'milagro' que lo pueda salvar, la presencia del pobre a su lado. Quien permanece insensible a la necesidad de su prójimo está labrándose su propia condena.

Terrible instrucción: quien no fue compasivo en vida no será compadecido tras su muerte. Quien ama sus bienes más que a su prójimo, no tendrá quien le auxilie. Ese será, para siempre, su 'infierno'.

II. **MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida***

Con esta parábola, que le es propia, Lucas ha querido presentar, en forma particularmente dramática, sin concesiones ni remilgos, el peligro que acecha al creyente rico: no es que uno pueda, un día, perder cuanto tiene, es que sus haberes pueden perderle para siempre. ¡Qué fácil resulta a un pobre, confiar en Dios!; ¿a quién si no? ¡Qué cuesta arriba se hace a un rico poner su confianza en Dios: ¡pon tu seguridad – le dicen - en nosotros! Hay algo, pues, muy 'malo' en 'los bienes'; tienen ellos una capacidad muy fuerte de perversión. Su disfrute aleja – ¡lo destierra! – al pobre del pro pio corazón y nos enfrenta con Dios. El único bien con el que el pobre cuenta es Dios. El rico, para el que un pobre no cuenta nada, deja de contar para Dios.

Es evidente que Jesús, contando semejante historia, tomaba una postura sorprendentemente crítica con respecto a la abundancia de bienes en vida. Porque nada hizo de malo el rico, a lo sumo gastar sus bienes sin miramiento ni piedad para con el prójimo que a su lado sufría. Y nada hizo de bueno el pobre, sino echarse por tierra mendigando un ayuda que no llegaría. Tenemos que reconocer que, aunque clara, la enseñanza de Jesús no nos va: contradice no ya sólo la moda, los valores, incluso, de nuestra sociedad, sino, sobre todo, nuestra misma vida y las opciones que a diario toma nuestro corazón. Pocos juicios de Jesús nos resultan tan irrealizables en el mundo en que vivimos, tan ajenos a nuestra realidad, como su enjuiciamiento de la riqueza. En nuestros días no hay quien considere los bienes materiales como un grave peligro o el despilfarro como una auténtica injusticia. Nuestros ricos pueden hacer lo que se les antoje de su dinero; lo único que nos duele es el que se lo gasten sin nosotros. Y nosotros, los que decimos seguir a Jesús, ¿vivimos para algo más que para tener mayores bienes, disfrutar de mejores condiciones de vida, poder pagarnos nuestros caprichos, gastar nuestro dinero como mejor nos plazca? Como cualquier otro, envidiamos a cuantos tienen más que nosotros, soñamos con el día en que llegaremos a ser ricos e identificamos la suerte con una suma importante de dinero. No nos faltan razones; porque los bienes materiales son eso, bienes, lo que nos hacen falta para vivir. Aunque sepamos que el dinero no basta para hacer feliz una vida, su falta es ya un motivo de infelicidad.

Jesús no condena la riqueza sin más, no la considera mala por sí misma. Pero con su parábola nos advierte de su peligrosidad: el que tiene mucho, por el hecho de tener más, no suele ser más sensible ante el que no tiene menos, no suele sentir responsabilidad frente a él. Cree poder disponer de su dinero sólo porque le pertenece, sin que le importe el hecho de que otros no tienen de qué vivir. Tener más, gozar mejor, gastar aprisa es para muchos hoy el fin de sus vidas; Jesús nos advierte que ése puede ser también el final: lo malo no fue que poseyera mucho el rico, sino que no pusiera algo a disposición del pobre. Malgastó sus bienes, y su vida para siempre, no porque gastara mucho, sino porque no se gastó un poco en beneficio de quien sufría necesidad. Lo malo de los bienes no es el tenerlos, ni está mal el desearlos. Lo malo está en que quien más tiene, menos da. Jesús nos avisa con tiempo: nuestra suerte final no va a depender de lo que hayamos podido acumular en vida sino de cuanto hayamos querido compartir. Sobreviviremos no por cuanto pudimos gastar en vida, sino por lo que quisimos poner a disposición de los demás.

Todo lo que tuvo el rico no le valió para salvarse. Pudo comprarse de todo en vida, menos un lugar junto a Dios tras su muerte. Y quien más tenía fue quien más perdió, no ya la vida y unos bienes, perdió a Dios de por vida. Los bienes que tenemos, el bienestar de que disfrutamos, el dinero que malgastamos nos pueden estar dejando sin el único Bien, Dios, y la auténtica buena vida, gozar de su intimidad para siempre. A tanto arriesgamos cuando nos aferramos a los bienes que perecen con nosotros: olvidamos que el único bien que sobrevivirá es el que hacemos a los demás; el bien que nos hacemos a nosotros mismos morirá con nosotros; el bien que dejamos de hacer a quien pasa necesidad nos condenará.

No nos engañemos poniendo como excusa que, al fin y al cabo, nosotros no somos tan ricos como el señor de la parábola. Aunque no poseamos tanto como para banquetear espléndidamente cada día, basta con que a nuestro alrededor haya alguien que pase mayor necesidad y coma menos. Comparado con cuanto quisiéramos tener, siempre seremos pobres; en comparación con quien dispone menos aún que nosotros, somos, en realidad, bien estantes. No salir al paso de quien nos necesita, no ayudar a quien lo necesita, nos hace ricos y egoístas, aunque poseamos poco. Dios nos ha dado bienes para hacer el bien y, así, hacernos mejores, no más ricos. Lo que hayamos conseguido acumular en la vida se nos ha concedido para que atendamos nuestra necesidad y la de nuestro prójimo.

Jesús no demoniza la riqueza en sí misma. Advierte sobre la insensibilidad que produce en el alma del que la disfruta: quien no vio con piedad la indignancia ajena se vuelve sordo a la palabra de Dios y a sus profetas, y no dará crédito a sus obras más estupendas. Ni siquiera el milagro más portentoso es capaz de cambiar el corazón inmutable ante la pobreza del hermano: quien no ha escuchado la voz del indigente no obedecerá la ley de Dios ni escuchará su voz, aunque la oyera. Para oír a Dios hay que escuchar al pobre. Su existencia miserable es el solo 'milagro' que puede operar su conversión. Tenemos pobres suficientes a nuestro alrededor, para que podamos convertirnos a la misericordia. Dios nos ha dado tantos prójimos que necesitan de nosotros, de nuestros bienes, porque El quiere ser nuestro único Bien. En cada pobre que convive entre nosotros, Dios nos ha dado un motivo, y la ocasión, para nuestra conversión.

En la parábola Jesús, además, nos hace una segunda grave advertencia. Quien no ve con piedad la indigencia ajena no oirá la palabra de Dios ni dará crédito a sus obras más estupendas. Hubiera sido inútil que un rico volviera a la vida, y no para salvarse él, sino simplemente para avisar a su familia. Quien es insensible ante un mendigo que tiene junto a sí, se hace sordo a la voz misma de Dios y aniquila su capacidad de ver prodigios. Los milagros son insuficientes, Dios mismo es superfluo, para quien no se entenece ante el estado de necesidad de su prójimo. El portento más estupendo o la misma ley de Dios no pueden cambiar el corazón de un hombre que ama más bienes que a su prójimo, que prefiere malgastar su dinero a socorrer al menesteroso. Resulta estremecedor ver cómo los bienes que poseemos acaban por poseernos, ocupan nuestro tiempo y secuestran nuestros mejores sentimientos, hacen rehén a nuestro corazón. Y lo malo no es que Jesús nos lo advirtiera; lo peor es que somos todos espectadores, y víctimas a menudo, de esa tentación de optar por nuestros bienes en contra de nuestro prójimo.

Si tomamos en serio la parábola de Jesús, caeremos en la cuenta de que también tiene un mensaje esperanzador. Mientras haya alguien junto a nosotros a quien auxiliar, no estamos a salvo nosotros, pero tampoco perdidos para siempre. Mientras exista a nuestro alrededor alguien más necesitado que nosotros, aún tenemos la esperanza de ganarnos a Dios para siempre. El pobre que cuidar es nuestro seguro de vida.... ¡eterna! Nadie está totalmente perdido - ¡ni a salvo! -, si tiene de quién cuidarse. Ninguno de nosotros tiene tan pocos bienes como para no tener a quién ayudar con lo que tiene: que Dios sea nuestro futuro Bien por siempre dependerá de que pongamos nuestros bienes al servicio de quien más los necesita. Sirvámonos de cuanto Dios nos dio en vida para tenerle como Dios para siempre.

Más que admirarse por la inapelable condena del rico y la salvación sin demasiado esfuerzo del pobre, hay que sorprenderse – ahí está el ‘corazón’ del este evangelio – del Dios que se revela en ambas actuaciones: un Dios que concede, y para siempre, la compañía de Abrahán a quien vivió entre perros; un Dios que sale en defensa solo del que nada tuvo, ni siquiera compasión de su prójimo; un Dios que no aguanta que se no trate bien a quien no consiguió bienes. Cuidarse del pobre no es, pues, tarea opcional para un creyente. Dios nos ha dado a los pobres porque quiere ser El, un día y para siempre, nuestra riqueza.